

*Vanidad insensata*¹

Vanidad de vanidades

1. *Vanidad de vanidades* –dice el Cohélet-, *vanidad de vanidades, todo es vanidad*². Con esta famosa frase –que sintetiza admirablemente el contenido entero del libro– el sabio autor del Eclesiastés nos invita a despegarnos, con el inevitable esfuerzo que esto implica, de las cosas vanas del mundo. Vanidad, en la Biblia, es algo así como vapor, aire, vaho... Connota la idea de inconsistencia, ilusión vacía, ficción, irrealidad... El Espíritu Santo, autor principal de las Escrituras, a través de este texto nos quiere invitar, con mucho realismo, a apreciar las cosas que perduran, que en verdad valen la pena y no las aparentes o falsas. Lo que debemos buscar, si somos coherentes con nuestra fe es, ante todo, el amor y el temor de Dios, como se dirá en el texto un poco más adelante.

Es esta también la gran enseñanza que recibimos de la parábola del Evangelio que acabamos de escuchar. Jesús, percibiendo que aquellos hermanos, peleados por una herencia, están desviando su atención a algo menos importante en la vida, pone las cosas en su sitio con una elocuente parábola. Un hombre rico que con un golpe de suerte aumenta notablemente su fortuna, y ante esa abundancia de bienes materiales, reacciona de modo egoísta y claramente equivocado. La respuesta de Dios es fulminante: *¡Insensato! Esta misma noche vas a morir. ¿Para quién serán todos tus bienes?*³

Un hombre insensato

2. Me parece muy aprovechable reflexionar sobre el adjetivo que emplea el Señor en su parábola: *insensato*. Es evidente que el problema de este hombre no es la riqueza en sí, sino el modo como la emplea. Se encuentra con una fortuna inesperada y, tras cavilar un poco, lo único que se le ocurre es *descansar, comer, beber y darse a la buena vida*. No piensa en dar un bono a sus trabajadores por su buen desempeño; o en hacer una inversión para generar otras fuentes de trabajo y, consiguientemente, el bienestar de la región; mucho menos aún en hacer una obra pública: un puente, un acueducto o una bonita sinagoga... que beneficie a los habitantes de su comunidad. No, no piensa en nada de eso, solo en comer y beber.

Es insensato porque no razona bien, porque le falta lucidez de juicio. Comete la torpeza de hacer de algo que es un simple medio (las riquezas), el fin último de su vida. Se convierte en un ejemplo transparente de esa *vanidad de vanidades* que antes mencionamos. Y cuando, inevitablemente, le sorprende la muerte, se encuentra con las manos completamente vacías. San Pablo VI enseñaba a toda la Iglesia: *El tener más, lo mismo para los pueblos que para las personas, no es el fin último. Todo crecimiento es ambivalente. Necesario para permitir que el hombre sea más hombre, lo encierra en una*

¹ Homilía del domingo XVIII del tiempo ordinario, ciclo C.

² Primera lectura, *Eclesiastés*, 1,2.

³ Evangelio, *Lucas*, 12, 20.

*prisión desde el momento en que se convierte en el bien supremo que le impide mirar más allá*⁴.

Como miembro del pueblo elegido que era, se suponía que nuestro personaje tenía el suficiente conocimiento de las Escrituras para reaccionar un poco mejor, de modo más inteligente. Pero no, fue insensato, solo pensó en sí mismo. Una reacción que, por desgracia, tantas veces tenemos nosotros. Pienso que no nos sería difícil encontrar algunos ejemplos recientes y cercanos que ilustren esta actitud.

“A la tarde de la vida...”

3. Pues, hermanos míos, aprendamos en cabeza ajena. La auténtica felicidad no se consigue en las riquezas, los éxitos profesionales, los encantos físicos, la fuerza o destreza deportiva; como tampoco en los premios o grados académicos o en la acumulación de influencia o de poder... Lo único que nos puede hacer plenamente felices (con la relativa felicidad que se alcanza en esta vida y contando siempre con una razonable dotación de bienes materiales), lo único verdaderamente trascendente y duradero, es el amor. El amor a Dios y al prójimo. Este último, expresado en concretas obras de misericordia (dar de comer al que hambriento, dar de beber al sediento, etc.). Solo esto nos asegurará ser *ricos para Dios* y ser reconocidos por Jesús entre los *beneditos de su Padre*⁵.

Hace ya muchos años, contemplando ese desorden tan frecuente entre los hombres, esa carrera frenética por acumular riquezas y poder, san Josemaría meditaba: *¡Galopar, galopar!... ¡Hacer, hacer!... Fiebre, locura de moverse... Maravillosos edificios materiales... (...) ¡galopar!, ¡hacer! –Y mucha gente corriendo: ir y venir.*

*Es que trabajan con vistas al momento de ahora: “están” siempre “en presente”. –Tú... has de ver las cosas con ojos de eternidad (...). Quietud. –Paz. –Vida intensa dentro de ti. Sin galopar, sin la locura de cambiar de sitio, desde tu lugar (...) ¡a cuántos darás luz y energía!*⁶.

De una manera más breve y directa, san Juan de la Cruz ilustraba la misma idea en estas conocidísimas palabras: *A la tarde de la vida, te examinarán sobre el amor.* Y es que, ciertamente, cuando caiga el telón de nuestra vida y nos presentemos ante el Señor, la gran pregunta será: *¿amaste?*

Que la Virgen María, Trono de la Sabiduría, nos ayude a tomar decisiones *sensatas* ahora, no mañana. Para podernos presentar decorosamente ante la majestad de Dios.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 3 de agosto de 2019

⁴ SAN PABLO VI, *Populorum progressio*, n. 19.

⁵ Cfr. *Mateo* 25, 34.

⁶ SAN JOSEMARÍA, *Camino*, n. 837.